

Guido Barbujani

Tal como éramos

Traducción de Carmen Ternero Lorenzo

Título original: *Come eravamo. Storie dalla grande storia dell'uomo*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2022, Gius. Laterza & Figli

All rights reserved

© de la traducción: Carmen Ternero Lorenzo, 2023

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-227-1

Depósito legal: M. 643-2023

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

A Luca Bazooka

... porque yo era él como era mi madre y mi padre y mi abuelo Paco y mi bisabuela Carolina, del mismo modo que era todos los antepasados que confluyen en mi presente igual que una muchedumbre o una legión innumerable de muertos o una selva de fantasmas, igual que todas las sangres que desembocan en mi sangre viniendo desde el pozo insondable de nuestra infinita ignorancia del pasado.

Javier Cercas, *El monarca de las sombras*

Índice

Planteamiento e invocación (pág. 13)

1 (pág. 21) Erguidos: *Australopithecus afarensis* Lucy

hace 3,3 millones de años

2 (pág. 33) Con dos manos: *Homo ergaster* Niño de Turkana

hace 1,6 millones de años

3 (pág. 47) En el Cáucaso: *Homo georgicus* Dmanisi 2

hace 1,8 millones de años

4 (pág. 59) En Asia, el fuego: *Homo erectus* Trinil

hace 500.000 años

5 (pág. 77) Selva genealógica: *Homo heidelbergensis* Steinheim

hace 350.000 años

6 (pág. 91) Un tipo a la antigua: *Homo neanderthalensis* Feldhofer 1

hace 40.000 años

7 (pág. 113) El hombre de la estalactita: *Homo neanderthalensis* Altamura

hace 150.000 años

8 (pág. 127) La abuela de todas las abuelas: *Homo sapiens* Eva mitocondrial

hace 200.000 años

3,5

3 millones a. C.

2,5

2 millones a. C.

1

3

2

9 (pág. 141) Mestizos: *Homo sapiens* Oase 2

hace 37.000 años

10 (pág. 159) Bajitos, bajitos: *Homo floresiensis* Flo

hace 60.000 años

11 (pág. 171) El arte, las muelas del juicio: *Homo sapiens* Abrigo de Cap Blanc

hace 15.000 años

12 (pág. 183) Las Américas: *Homo sapiens* Luzia

hace 11.500 años

13 (pág. 203) Europeos de piel oscura: *Homo sapiens* Cheddar

hace 10.000 años

14 (pág. 215) Pan, vino, leche: *Homo sapiens* Ötzi

hace 5.200 años

15 (pág. 237) Describir, clasificar, entender: *Homo sapiens* Charles Darwin

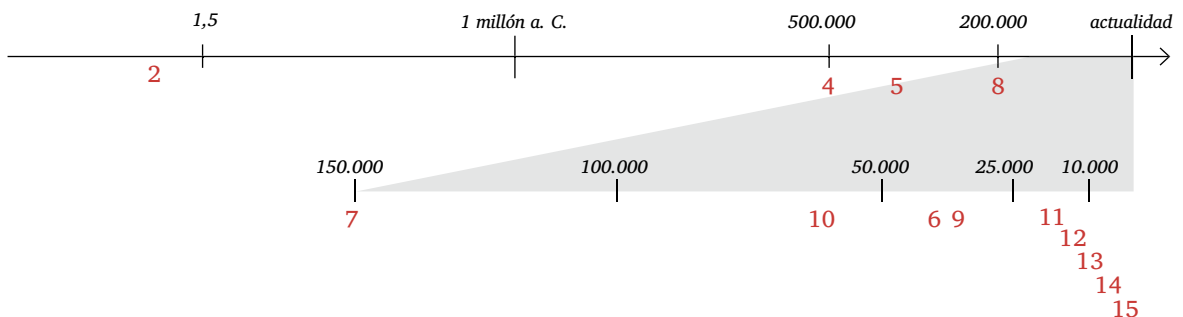
hace 200 años

Despedida (pág. 253)

Pequeño glosario (pág. 259)

Índice de ilustraciones (pág. 269)

Agradecimientos (pág. 270)



Las palabras en **color** se definen
en el «Pequeño glosario».

Planteamiento e invocación

Cántame, oh, diva, de Barbuglio. Se trata de un distrito del municipio de Lendinara, provincia de Rovigo. Solo hace falta estar un poco familiarizado con el dialecto véneto para darse cuenta de que la «gl» es sospechosa, ciertamente ajena a nuestra lengua. No creo que los habitantes de Barbuglio lo hayan llamado nunca así. Habrán dicho, y dirán todos, Barbujo; y en dialecto polesano, *barbujo* es el penacho de la espiga (normalmente llamada mazorca) de maíz. Y aquí empiezan las complicaciones. Mi tío Renzo, fallecido en 1986, estuvo investigando en los registros parroquiales: nacimientos, bautizos, matrimonios, defunciones. Descubrió que en 1500 algunos habitantes emigraron de Barbuglio a Adria, y los llamaron Barbujani. Si no recuerdo mal, el primer Barbujani que rastreó era un campanero, en contraste con sus descendientes actuales, poco dados a las sacristías. Hoy en día, la jota del apellido es un arcaísmo. De hecho, conforme algunos Barbujani fueron cambiando de residencia (Monza, Roma, Biella, Zúrich...), los gafudos funcionarios del registro se encargaron de corregirla, de modo que hay quienes tienen una jota, sobre todo en Adria y alre-

dedores, y quienes tienen una i, sobre todo los emigrantes. Pero hay otra versión de los hechos, de nuevo vinculada a los estudios de mi tío Renzo. Enzo y Giorgio Barbujani me dieron una copia de su árbol genealógico, del que se desprende que ellos y yo compartimos un bisabuelo, Antonio, pero no una bisabuela. Según rumores no confirmados, Renzo llegó a la conclusión de que Barbuglio se llamaba así por nosotros, los barbudos, hábiles constructores que llegaron a Polesine desde Lombardía y, aún antes, desde el sur de Francia. Efectivamente, mi padre era ingeniero, pero yo nunca había oído hablar de esta teoría y, desde luego, si mi tío Renzo llegó a escribir algo sobre el tema, lo dejó en algún lugar que no conocemos ni Enzo ni Giorgio ni yo.

La inversión de la causa y el efecto, el topónimo que deriva del apellido y no al revés, tiene implicaciones interesantes pero difíciles de verificar y aún más de investigar. Atengámonos a los hechos: nuestros ancestros pasaron por el apellido Barbuglio, y yo tenía cinco años cuando nos mudamos de Adria a Ferrara, al otro lado del Po, todavía cerca. En resumen, se necesitaron cuatro siglos para que algunos Barbujani recorrieran cuarenta y seis kilómetros desde su lugar de origen, a una media de cien metros al año o poco más. Calculando que de aquí a mediados del siglo XVI han pasado unas veinte generaciones, si se ordenaran los veinte ancestros a lo largo de estos cuarenta y seis kilómetros, habría uno cada dos mil trescientos metros. Me gustaría poder ir a charlar un rato con ellos, con mi padre, Fernando (donde acaba el pueblo y empiezan las gasolineras), y mi abuelo Gino (en la localidad de Barco). Pero ¿qué podríamos decirnos mi trastatarabuelo Matteo y yo (poco después del puente que cruza el Po)? Es más fácil para las familias nobles, que quizá tengan un retrato del abuelo o sepan que fue el marqués de tal que cayó en el cam-

po de cual, por lo que el nombre lleva algún tipo de connotación: se puede notar una forma, indistinta, de familiaridad. Pero para los demás, para casi todo el mundo, en realidad, el pasado, el pasado conocible, se detiene hace dos generaciones: como mucha gente, creo que nunca he llegado a saber el nombre de todos mis bisabuelos. Y eso que si estoy aquí, se lo debo a ellos; si tengo ciertos ojos, o cierta nariz, o cierta forma de pellizcarme la nariz cuando intento acordarme de una palabra, es porque proviene de alguno de ellos. Si pudiéramos vernos, ¿nos entenderíamos? ¿Hasta dónde podría retroceder antes de empezar a pensar que daría lo mismo si ese no fuera un antepasado mío?

En realidad, lo estoy simplificando demasiado. Influidos por la praxis de las familias nobles, pensamos en las genealogías como líneas rectas que conectan el presente con el pasado, estrictamente de hijo varón a padre varón; yo mismo acabo de hacerlo unas líneas más arriba. Pero no funciona así: las genealogías se ramifican, se multiplican. Dos padres, cuatro abuelos, ocho bisabuelos que a su vez tuvieron otros ocho bisabuelos... Retroceder veinte generaciones significa llegar a una época en la que teníamos 2^{20} ancestros (o poco menos, fíate), es decir, un millón (fíate): la **población** de Turín, más o menos. O sea que el campanero que emigró de Barbuglio a Adria solo es uno de los muchos, muchísimos, ancestros. Se casaría con alguien de Adria, y si no él, lo haría su hijo, y los hijos de sus hijos, con otros habitantes de Adria; poco a poco, en mi sangre (como se decía antes) o en mi **ADN** (como se dice ahora), su aportación se ha diluido hasta la millonésima parte del total. ¿Qué nos ha quedado en común, aparte del apellido?

Poquísimo desde un punto de vista estrictamente genético, pero mucho desde otros puntos de vista. Como mínimo, los dos

somos Barbujani, originarios de Barbuglio, de Polesine, vénéto, itálofono, italiano, europeo y seres humanos. Por lo tanto, compartimos una lengua, o al menos alguna afinidad lingüística que haría posible la comunicación; un paisaje de tierras bajas, aguas y cañaverales; un sentido de pertenencia a comunidades más amplias. Quién sabe si este antepasado pudo tener alguna curiosidad por su lejana ascendencia. Pero, pensándolo mejor, ¿sería tan diferente si en lugar de hablar con el primer Barbujani históricamente documentado pudiera charlar con otro, u otra, con quien compartiera algunas herramientas lingüísticas y una curiosidad recíproca? ¿Cuánto cuenta realmente esa cantidad, mayor o menor, de ADN que me llega de él? Y mientras seguía el hilo de estos pensamientos, encontré en el periódico una reconstrucción por ordenador del rostro de Nerón, el emperador. Parecía simpático, con una sonrisita que tal vez no fuera una sonrisa de maldad, sino una sonrisa y punto, de alguien que dice: Mirad, no soy tan malo como me pintan algunos; qué importante es verse a la cara, ¿eh?

Este libro, en cierto modo, trata de lo importante que es verse la cara. Literalmente. Nuestro álbum familiar, los restos y rostros de los que han pasado por el planeta antes que nosotros, contienen un mensaje que ha llegado hasta nosotros a través de las generaciones y nos cuenta cómo éramos. Hoy en día, con la capacidad que hemos adquirido de leer a fondo el ADN de tantas personas, pasadas y presentes, y de interpretar sus diferencias, esos restos nos dan una idea de las migraciones, los intercambios y los procesos de adaptación al medio que nos han convertido en lo que somos.

Pero verse la cara significa, en mi opinión, algo más. Este libro comenzó a cobrar forma en el periodo más oscuro de la pan-

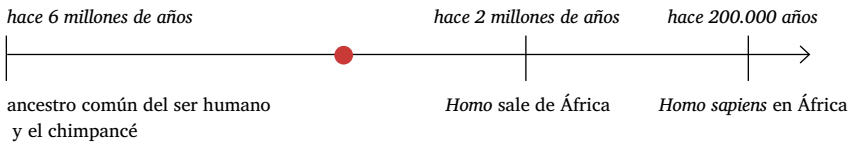
demia de SARS-CoV-2, a finales de 2020. Tras un verano precariamente tranquilo, en el que muchos pensaban que lo peor había pasado, los contagios vuelven a crecer: es la que conocemos como segunda ola. Desde el 8 de octubre de 2020 se hace obligatorio llevar mascarilla; desde el 13 de octubre, los restaurantes, los cines y los teatros reducen su actividad, y a finales de mes tienen que cerrar; es imposible viajar salvo por necesidades graves. A la fatiga acumulada en la primera ola, aún sin superar, se suma la perspectiva de tener unos meses muy duros por delante. Entonces me llama un buen amigo, Raffaele Ghirardi, jefe del departamento de COVID de un hospital de la provincia de Mantua. Necesita hablar, contar; lo escucho, y al final me dice simplemente que cree que no va a poder con eso.

Al final, pudo, Raffaele, como tantos otros pudimos: con dificultad, concentrándonos en el trabajo, jadeando, intentando mantenernos a flote. Pero hubo quienes no lo consiguieron. El 15 de junio de 2020, un ser querido, Giulio Giorello, murió de COVID. No éramos exactamente amigos; diría que nuestros niveles de confianza eran mayores que nuestros niveles de conocimiento mutuo. Sin embargo, teníamos muchos intereses en común y nos gustaba hablar de ciencia. En las semanas en las que esperábamos el comunicado de las cinco de la tarde para sumar los contagios y las muertes, y el balance era siempre el de una catástrofe aérea, las víctimas de la pandemia ya no eran personas, no eran Giulio Giorello y tantos otros: se habían convertido en un número, algo abstracto. Creo que a todo el mundo le pasaba lo mismo. Los muertos se convertían en criaturas del pasado que se podían contar, no conocer. Hasta que un periódico publicaba algunas fotos, unas cuantas historias, y entonces, por un momento, era capaz de percibir la escala aterradora de los

acontecimientos. Giulio Giorello, Lidia Menapace, el director de cine Kim Ki-Duk, mis colegas genetistas Luciano Terrenato y Michele Stanca, uno de los primeros en morir, el peluquero de la esquina y su mujer, que nunca me saludaron a pesar de que nos veíamos todos los días: todos ellos son, eran, figuras conocidas, pero desmaterializadas en la estadística en la que se tradujeron por la magnitud de lo que estaba ocurriendo. Para pensar en ellos había que hacer un esfuerzo: recordar sus rasgos faciales, verles las caras. Y pensé que ver las caras, de alguna manera, de nuestros ancestros es, o podría ser, una forma de vernos a nosotros mismos, de reflejarnos en lo que fuimos y en lo que somos, eslabones de una cadena genealógica que viene de las profundidades del tiempo y que se extenderá en el futuro, si no somos tan estúpidos como para minarla haciendo inhabitable el planeta Tierra.

Sí, de acuerdo, es una idea descabellada, aunque tampoco tanto. Pese a que no sepamos los nombres, perdidos a lo largo de los siglos, de nuestros ancestros, sí sabemos algo de ellos. Como ya he dicho, los huesos fosilizados y el ADN que hoy muchas veces se logra extraer de esos huesos tienen muchas historias que contarnos. Y además hoy contamos con artistas que se ocupan de reconstruir magníficas imágenes tridimensionales de estos ancestros utilizando técnicas forenses y, lógicamente, completando con la imaginación nuestros conocimientos cuando sea necesario, como los gemelos Adrie y Alfons Kennis, y Élisabeth Daynès. Mirar los rostros de estas esculturas es como cruzar un puente, como establecer un contacto, frágil pero valioso, con nuestro linaje, con lo que éramos hace miles o millones de años. Nuestra curiosidad encuentra un objeto gracias a la habilidad de los artistas, y también de los paleontólogos, que han desenterra-

do y recompuesto con cariño antiguos esqueletos, y de los genetistas, que a menudo han conseguido leer su ADN. Al pasar ante nuestros ojos, este objeto adquiere la apariencia de un ser humano: más concreto, más susceptible de despertar otras curiosidades, algunas emociones. Y a lo mejor hasta se nos ocurre que podríamos intentar imaginar sus voces: si pudieran, tantos años después, hacerse oír, comentar su insólito destino...



Hallada en 1974 por Donald Johanson, Mary Leakey e Yves Coppens en Hadar (Etiopía).

Fragmentos encontrados:
40 % del esqueleto.

1. Erguidos

Australopithecus afarensis

Lucy —→ *hace 3,3 millones de años*

Lucy es una celebridad: de todos los **australopitecos**, ella es la única de la que se sigue hablando. Pero cuando estaba viva, era una de tantos. Su fortuna mediática así como la de todos los protagonistas de este libro (excepto el último) dependen de sus muertes, de cómo y dónde murieron. En el caso de Lucy, las circunstancias en las que inició su camino hacia la fama póstuma parecen especialmente desafortunadas. Vamos a ponernos en su lugar. Está terminando un día agotador, pero te sientes bien. Tienes el estómago lleno, lo que no ocurre todas las noches. Bostezas. Con los ojos entrecerrados compruebas la situación por última vez, porque nunca se sabe. Los demás están tranquilos y se preparan para dormir. Ya hay alguno que ronca mientras los últimos rayos del sol pintan de rosa los troncos de las acacias. Bien. Pero de pronto notas algo que te molesta en la espalda. Te das la vuelta para quitártelo. Te resbalas con una rama. El mundo se pone del revés. Alargas el brazo buscando algo a lo que agarrarte. Se oye un grito que a lo mejor has lanzado tú. Y ya está. Así comienza y enseguida termina tu último «loco vuelo».

No es que se piense en la posteridad mientras uno se estampa contra el suelo. Es la posteridad la que se ha interesado por Lucy después. Es una estrella porque los que son como ella, de la especie *Australopithecus afarensis*, fueron los primeros de los que podemos decir con certeza que caminaban erguidos, como nosotros. No tenían por qué ser necesariamente los únicos, no lo sabemos. Y tampoco tenía por qué dárselos necesariamente muy bien, aun después de millones de años intentándolo. Parece ser que por la noche, por si las moscas, volvían a subirse a los árboles, y adiós a la posición erguida: allí, en lo alto, se sentían más seguros. Según una reconstrucción fiable, Lucy muere precisamente al caer de un árbol. En aquella época, lo de enterrar a los muertos seguía siendo algo inconcebible, de modo que la dejan allí. Sobre ella se van depositando un estrato geológico tras otro; alguno se desprende, otros se depositan encima. Luego pasan dos paleontólogos. Uno la ve. A millones de años de distancia se oye un segundo grito, pero no es como el de Lucy. Esta vez es un grito de triunfo, y enseguida Lucy se convierte en una celebridad planetaria.

Vista así, Lucy parece sonreír, y lo cierto es que un poco sonríe. Se podría decir que tiene una expresión socarrona, pero para obstaculizar el impulso de simpatía ahí están las grandes patillas, hirsutas, proyectadas hacia delante; las patillas negras le dan un aspecto renacentista, en contraste con la nariz muy achatada y el color de la piel, más claro alrededor de los labios (que se muerde como si estuviera reflexionando). Y luego está la frente. En esta reconstrucción, Lucy es coqueta: levanta la barbilla para que se note menos, pero la frente se le proyecta hacia atrás formando un ángulo marcado con el plano de la cara... Es inevitable, viéndola así la sentimos cercana y al mismo tiempo un poco lejana.

No podría ser de otra manera: 3 millones de años no es poca cosa. Pero vamos a dar un paso atrás.

Si podemos decir algo sobre el aspecto y la forma de vida de nuestros ancestros lejanos, es porque tenemos tres fuentes de información: los restos fósiles, que alcanzan una antigüedad de hasta varios millones de años; los objetos que estudian los arqueólogos, de hasta 2 millones de años, es decir, desde la Edad de Piedra, y el ADN, digamos, de los últimos 100.000 años, porque llega un momento en el que es demasiado antiguo y está tan dañado que no podemos estudiarlo. Pero la extraordinaria importancia del *Australopithecus afarensis* para nuestra historia radica en un descubrimiento que no encaja en ninguna de estas categorías: una serie de huellas que se remontan hasta hace más de 3 millones de años.

Las encontró un grupo de paleontólogos dirigido por Mary Leakey, en Laetoli (Tanzania), cerca del volcán Sadiman. Ahora es un volcán extinto, pero durante mucho tiempo estuvo activo e hizo lo que hacen los volcanes: erupcionar y lanzar repetidamente lava y ceniza que se fueron extendiendo a su alrededor. Según una historia que parece inventada pero que varias fuentes confirman, sucedió del siguiente modo. Andrew Hill, miembro del grupo de Mary Leakey, está un día caminando con sus compañeros cuando estos empiezan a lanzarle bolas de estiércol de elefante (parece que por allí no hay muchos pasatiempos y uno se las arregla con lo que tiene). El caso es que, para evitar el estiércol, Hill se tira al suelo, y así ve muy de cerca las cenizas del llamado sitio G de Laetoli. Se da cuenta de que no solo hay huellas de antílopes y gacelas, como creían. Una de las huellas parece ser de un pie humano. En 1978, tras cuatro años de trabajo, se saca a la luz un tramo de ceniza solidificada de 27 m de longi-

tud en el que habían quedado 88 huellas de criaturas que sin duda caminaban erguidas. Los que las dejaron tenían el dedo gordo paralelo a los otros dedos, como nosotros, y no divergentes, como los monos. En cuanto a la edad de esas huellas, disponemos de métodos precisos para datar la ceniza volcánica: tiene 3,6 millones de años. La única criatura que pudo haber caminado sobre esas cenizas en ese momento y lugar es el *Australopithecus afarensis*.

Estamos acostumbrados y nos parece trivial, pero en los vertebrados la posición erguida (bipedestación) y la capacidad de avanzar sobre dos extremidades (**bipedación**) son raras. Fuera de nuestra genealogía —y dejando a un lado las aves, que tienen una historia distinta—, los canguros y ciertos dinosaurios son bípedos, pero no caminaban (los dinosaurios) y no caminan (los canguros) como nosotros. Ambos tienen una cola enorme: cuando se desplazan, el cuerpo se inclina hacia delante y la cola actúa como contrapeso. Caminar erguido y sin cola es una especialidad humana que ha tenido enormes consecuencias y ha requerido profundos cambios —no todos beneficiosos, como veremos— en nuestro esqueleto y musculatura. Si bien es cierto que los chimpancés y los gorilas, e incluso los osos, pueden dar algunos pasos en dos patas, esta no es su forma habitual de proceder. Caminar significa perder y recuperar el equilibrio constantemente, para lo que son indispensables unos glúteos fuertes (que los chimpancés no tienen), una orientación distinta de la pelvis y, sobre todo, una estructura diferente de la columna vertebral. En los cuadrúpedos, la columna vertebral forma un arco horizontal, y debajo de ella cuelgan los órganos y la caja torácica: funciona. Pero al adquirir la posición erguida, resulta que la caja torácica se encuentra como un peso en la parte delantera,

donde a ningún diseñador con dos dedos de frente se le habría ocurrido ponerla. La evolución, como es bien sabido, hace lo que puede con lo que tiene: con el paso del tiempo, la columna vertebral se curva en la región lumbar para que los pesos se distribuyan de una forma menos irracional, aunque esto no será suficiente, como todos sabemos, para evitar el lumbago, la ciática y las inyecciones de analgésicos. Y no solo eso. Para permitir la inserción de los músculos del glúteo, la pelvis se modifica y se encoge, lo que hace que el parto humano sea más difícil que el de los gorilas y chimpancés. Por lo tanto, para cambiar a la posición erguida hemos pagado una importante factura. Pero si la hemos pagado y seguimos aquí, debe significar que de alguna manera sus ventajas superaron las desventajas. Volveremos a hablar de ello en los próximos capítulos.

Nuestra historia y la de los chimpancés se separaron cuando unos ancestros nuestros empezaron a caminar erguidos y los de ellos no. No sabemos con certeza cuándo ocurrió, pero sí que, hace unos 6 millones de años, en el África donde vivían los ancestros comunes del ser humano y el chimpancé, el clima cambió. A partir de las regiones más orientales, el clima cálido y húmedo pasó a ser más seco. Las consecuencias se ven en la vegetación, donde el bosque va quedando gradualmente sustituido por un nuevo ambiente, la sabana, en el que no abundan los árboles altos. Al igual que el cambio ambiental, la respuesta de nuestros ancestros a esta alteración requirió cientos de miles de años. Poco a poco, una parte de los ancestros comunes de humanos y chimpancés se fue aventurando cada vez con mayor frecuencia en la sabana, por lo que tuvo que adaptarse al nuevo ambiente; otra parte, simplemente, se quedó en los árboles. Nosotros descendemos de los primeros. Mientras que en las copas